

**Escuela de Trabajo Social
Universidad Nacional de Córdoba
Córdoba, 20 de junio de 2003**

Los movimientos sociales en América Latina en el actual contexto

Mario Garcés D.¹

Durante el Tercer Foro Social Mundial, en Porto Alegre, conversaba con un amigo cubano y me contaba que parte de la delegación cubana se había reunido con Fidel antes de viajar, y que éste les había hablado de la importancia estratégica del Foro, en el contexto de las dos mayores novedades en A.L: la elección de Lula y el desarrollo de los movimientos sociales.

La importancia de los movimientos sociales en A.L. es hoy día en realidad, reconocida por diversos actores, tanto desde la política, las ciencias sociales y por supuesto, por sus propios protagonistas. Por otra parte, los debates interpretativos, acerca de qué significan los movimientos sociales, cuáles son sus principales dilemas, sus retos o desafíos están también a la orden del día.

¿Qué razones explican que los movimientos sociales estén al centro de muchos debates y al centro también de muchas de las incertidumbres, pero sobre todo de las renovadas esperanzas de los latinoamericanos?

1.- Me parece, en primer lugar, porque estamos frente a hechos históricos contundentes:

- el levantamiento zapatista en la selva Lacondana, en 1994, que hizo visible las demandas de indígenas y campesinos cuando en México se ponían en vigencia los acuerdos de libre comercio con los Estados Unidos. Como ha indicado Pablo González Casanova, cuya transformación de proyecto militar en un proyecto de luchas políticas "más que deberse a la iniciativa del gobierno, obedeció a la enorme movilización de la sociedad civil en contra de la guerra. Abrió una etapa en que los dirigentes del EZLN fueron impulsados por las propias masas indígenas y su cultura de la resistencia a defender y construir un proyecto que se centrara en los derechos de los pueblos indios, con respeto a su autonomía y dignidad, a

¹Mario Garcés es Doctor en Historia. Director de ECO, Educación y Comunicaciones.

sus tierras y territorios, a su cultura y sus costumbres y a su participación y representación en el estado nacional".²

- las movilizaciones y levantamientos indígenas en el Ecuador que han derribado a más de un presidente, influido en la reforma de la Constitución en 1998 y que hoy forman parte del gobierno de Lucio Gutiérrez, y que nos han planteado la cuestión de construir un "Estado plurinacional", es decir, un Estado en donde los indígenas ya no sólo reclaman demandas de integración y respeto a sus etnias, sino que participar en "la redefinición y reestructuración de todo el Estado, de todas las formas de hacer política, de procesar sus conflictos, de canalizar la representación e inclusive en la forma en la que se constituye y aplica un modelo económico determinado".³
- las movilizaciones de campesinos e indígenas en Bolivia, que les ha permitido alcanzar nuevos liderazgos y agrupaciones así como alcanzar una significativa presencia en el parlamento de ese país, luego de las elecciones del año pasado;
- la propia elección de Lula, que no se explica sino por el desarrollo de los movimientos sociales, que permitieron en los 80 la fundación del PT, y más todavía en el Brasil de hoy, los enorme avances y novedades en cuanto a organización y sentidos de la acción colectiva que representa el Movimiento de los Sin Tierra...
- Y podemos seguir enumerando a los movimientos que han alcanzado visibilidad en el continente, y por supuesto, no podemos dejar de mencionar los diversos movimientos sociales que recorren la historia social argentina de los 90 y que encuentran un punto de inflexión en los sucesos del 19 y 20 de diciembre del 2001, interrogando toda la historia reciente de la Argentina.

Quiero decir entonces, que estamos, históricamente hablando, ante nuevos protagonistas, que llamamos genéricamente "movimientos sociales" y que estos están influyendo de modo muy significativo, sino decisivo en la historia social y política latinoamericana.

2.- En segundo lugar, y de modo ya visible para las ciencias sociales en los años 80, estamos en presencia de nuevos sujetos colectivos, que rompen con ciertas tradiciones: no se trata ni de los antiguos movimientos de origen "estructural" (el viejo movimiento obrero), ni tampoco de

² Pablo González Casanova, "Los zapatistas del siglo XXI" OSAL Nº 4, junio 2001, Buenos Aires, pp. 5-8.

³ Pablo Dávalos "Plurinacionalidad y poder político en el movimiento indígena ecuatoriano" En OSAL Nº9, Enero, 2003. Buenos Aires, pp. 43-50.

partidos de masa (aprimismo o peronismo) o del brazo político de una vanguardia. Estamos más bien frente a un conjunto diverso de sujetos colectivos, tanto en su origen, composición, así como con relación a sus objetivos, formas de organización y sentidos de su acción.

3.- En tercer lugar, estos nuevos movimientos se desenvuelven en medio de profundos cambios en el sistema capitalista mundial, fenómeno conocido como "globalización neoliberal", el fin de la historia o la postmodernidad. La denominación varía según sea el punto de vista que se elija para el análisis, pero lo que no está en discusión es que el mundo ha cambiado, al menos en dos sentidos globales: el capitalismo no es el mismo que hace 30 años atrás y el socialismo como "sistema alternativo de sociedad" ha vivido sus mayores retrocesos con el derrumbe de los socialismos del este europeo, a fines de los años 80. Por cierto que estos cambios han influido de modo muy significativo en América Latina, que cerró el ciclo de las dictaduras del cono sur y abrió paso a los ajustes y transformaciones que le impuso el denominado "consenso de Washington" en los años 90, transformaciones que han comprometido tanto la organización económica de nuestras sociedades como las tradicionales funciones del Estado, lanzando al desempleo a miles de latinoamericanos, ensanchando la brecha entre ricos y pobres e informalizando la economía y la subsistencia popular.

4.- Finalmente, la relación entre el desarrollo de los nuevos movimientos sociales y el nuevo contexto socio económico y político de América Latina no es claro ni unívoco, al revés es muy complejo y representa avances, impasses y también regresiones. Se podría sostener que el desarrollo de los movimientos se desenvuelve entre sus capacidades de producir transformación con altos grados de autonomía (sería el caso del MST y del zapatismo) y su compleja relación con la política y el estado que agota a los propios movimientos, interroga los tiempos de la política o se estanca colocándonos nuevas interrogantes (sería el caso de los movimientos sociales argentinos y con anterioridad a ellos, el de los movimientos sociales chilenos en los años 80).

Pues bien, este es más o menos el panorama de los problemas que nos ocupan cuando nos hacemos la pregunta por los movimientos sociales y el actual contexto latinoamericano. Se trata de variados problemas, razón por la cual no podemos hacernos cargo de todos ellos, sino elegir algunos para poner en el debate un punto de vista, que en el mejor de los casos será una doxa, es decir una opinión en sentido aristotélico.

Me parece que la mayor dificultad con los movimientos sociales se relaciona con la comprensión de su significado, su novedad y sus potencialidades. Para opinar, en ese sentido, quiero detenerme en lo que ha sido el tratamiento de los movimientos desde las ciencias sociales y aventurar algunas hipótesis de tipo histórico, que es el terreno que más me acomoda.

1.- ¿Son realmente nuevos los movimientos o han estado ahí sin que hayamos sido capaces de verlos?

A mediados de los años 80, una investigación de carácter latinoamericana sobre movimientos sociales, que coordinó Fernando Calderón desde CLACSO, indicaba que una de las mayores novedades en América Latina en los años ochenta, era la emergencia y la mayor visibilidad de una diversidad de actores y movimientos sociales. Se reconocía, en esta investigación, que en medio de las dictaduras, quienes más resistencia oponían y más iniciativas desplegaban en contra del autoritarismo y el terrorismo de estado, eran una variada gama de movimientos: desde las Madres de la Plaza de Mayo, pasando por las Comunidades Cristianas en Brasil, los movimientos indígenas del Ecuador, los "paros cívicos" en Colombia, las Protestas Nacionales en Chile, movimientos juveniles de variado origen, como los rockeros argentinos, etc.

Casi contemporáneamente, en un seminario que se realizó en Chile sobre los movimientos sociales, junto con hacer un reconocimiento parecido al propuesto por CLACSO, se indicaba también que declinaban los movimientos históricos tradicionales, el movimiento obrero y la alianza considerada siempre estratégica por la Izquierda: la alianza obrero-campesino. Declinaban también, agreguemos, los proyectos globales de transformación que animaban a estos movimientos. Entonces, se indicó:

"La caída del presidente Allende simboliza, quizás con mayor fuerza que otros procesos políticos de la región, la pérdida de proyección histórica de los movimientos sociales de orientación industrial totalizante. Si revisamos las perspectivas y la fuerza real de los movimientos sociales en Latinoamérica que pretendían modelos nacionales independientes o transformaciones clasistas acabadas (sea de la burguesía industrial, sea del proletariado y sus aliados), probablemente concluyamos... que estas orientaciones y prácticas han ido perdiendo progresivamente su impulso vital. Paralelamente, es posible distinguir en los últimos quince años, la emergencia de nuevos actores sociales y nuevas prácticas colectivas, tanto en el seno de los movimientos sociales clásicos (obrero-campesino), como en el desarrollo de nuevos movimientos de género, generacionales, urbanos, étnicos, de derechos humanos, etc., que no llegan a plantearse metas ni acciones holísticas"⁴

⁴ Fernando Calderón y Elizabeth Jelin, "Clases sociales y movimientos sociales en América Latina". EN Proposiciones, SUR profesionales, N° 14, Santiago, 1987. Pp. 173 y ss.

Algo cambiaba y no se trataba de un cambio menor. Ya no se trataba de los movimientos de raíz estructural ni de los proyectos de cambio estructural, propio de los sesenta. Un ciclo se cerraba, otro se abría. Y por cierto, como ocurre casi siempre en la historia, sabíamos mucho más del ciclo que se cerraba y mucho menos del ciclo que se abría. ¿Qué eran estos nuevos movimientos? ¿Qué representaban? ¿Qué efectos podían tener sus acciones? ¿Qué novedad representaban desde el punto de vista social y político?

Estas eran preguntas que interrogaban al mundo académico, a las Ciencias Sociales, pero también a las prácticas militantes: ¿Qué hacer con la diversidad? ¿Está surgiendo una nueva manera de hacer política o se trata sólo de un fenómeno transitorio, que duraría mientras durasen las dictaduras? ¿Estos nuevos movimientos, eran los nuevos sujetos de la historia y por tanto portadores del proyecto histórico popular? ¿La conciencia de clase seguiría siendo el objetivo prioritario de la Educación Popular o había que transitar hacia nuevas formas de conciencia, por ejemplo, la conciencia ecológica, de género, urbana, etc., y en consecuencia, referir más la educación popular a las cuestiones de la identidad? Y la identidad, ¿permitiría realmente fundar una nueva política popular?

Pues bien, creo que frente a la novedad que representaban los “nuevos” movimientos sociales, se han ido estructurando diversas respuestas. Una de ellas es aquella que ya en los ochenta, debió plantearse que más que una nueva política, los movimientos expresaban algo más profundo: los nuevos movimientos estarían expresando cambios en los discursos y en las prácticas que organizan las relaciones sociales en las bases mismas de la sociedad. Esta es la posición que a sugerencia de Tilman Evers, nos propusieron Fernando Calderón y Elizabeth Jelin, en la segunda mitad de los ochenta:

“... quizás sea la hora de repensar los movimientos sociales desde otra perspectiva: no se trataría solamente de nuevas formas de hacer política, sino de nuevas formas de relaciones y de organización social; lo que se estaría transformando o engendrando es una sociedad, más que una política nueva.

El significado e interés analítico de los movimientos sociales reside en buscar en ellos evidencias de transformación profunda de la lógica social. Lo que está en cuestión es una nueva forma de hacer política y una nueva forma de sociabilidad. Pero más profundamente, lo que se intuye es una nueva manera de relacionar lo político y lo social, el mundo público y la vida privada, en la cual las prácticas sociales cotidianas se incluyen junto a, y en directa interacción con, lo ideológico y lo político institucional. La pregunta que surge de

inmediato, imposible de responder a ciencia cierta, es si se trata de una "nueva realidad" o si la vida social siempre fue así, y sólo nosotros, ciegos por el peso de los paradigmas dominantes, no lo estábamos viendo"⁵

Tal vez, no sea imposible de responder a esta pregunta cuando se interroga a los historiadores más que a los sociólogos, ya que evidentemente desde una perspectiva histórica, estamos obligados a reconocer que la historia de América Latina esta plagada de movimientos sociales, desde los movimientos indígenas que resistieron la invasión española y portuguesa, pasando por los movimientos migratorios que prácticamente refundaron un país como la Argentina a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, hasta los movimientos políticos y religiosos de raíz campesina como el de Canudos, en el nordeste de Brasil.

Es decir, tenemos que conceder a Calderón y Jelin, que en realidad, hemos estado relativamente ciegos con relación a la historia de América Latina, o mejor aún, en la medida que cambiamos los enfoques y las perspectivas de la investigación social y en particular la investigación histórica, América Latina se nos irá revelando como una tierra prolífica en "acciones colectivas" de diversos signo, es decir una tierra prolífica en el desarrollo de movimientos sociales.

2.- Las complejas relaciones entre los movimientos sociales y la política

Evers profundizó en esta línea de ver a los movimientos como agentes de transformación de las relaciones sociales proponiendo un conjunto de tesis, algunas muy directas como la siguiente: "El potencial transformador de los nuevos movimientos sociales no es político, sino socio-cultural". Otra de sus proposiciones fue más compleja: "La dirección de esta remodelación contra cultural de padrones sociales está dispersa, formado parte de un utópico "lado oculto" de la esfera social deformado por su "lado visible". Evers quería enfatizar a través de esta tesis que las prácticas dispersas o fragmentarias de los movimientos no transitan fácilmente hacia una propuesta alternativa de sociedad, que es más clara la negatividad de los movimientos -lo que rechazan- que lo que proponen como sociedad alternativa. Una tercera tesis, indicaba que: "Los aspectos centrales de la construcción contracultural de los nuevos movimientos sociales pueden ser entendidos a partir de la dicotomía "alienación-identidad". En esta proposición hay por cierto dos componentes: uno, la lucha contra las diversas alienaciones que engendra el capitalismo; dos la

⁵ Calderon y Jelin, Clases sociales, p. 177.

identidad, en el sentido que esta categoría expresaría mejor que la clase la perspectiva de los movimientos, de hacerse sujetos de su propia historia.

Finalmente, una cuarta tesis buscaba expresar la relación entre movimientos, alternativa política y sujetos. Evers la formuló de este modo: "Paralelamente a la aparición de un proyecto alternativo, los nuevos movimientos sociales generan los embriones de los nuevos sujetos correspondientes". En esta cuarta tesis, Evers criticaba la noción de sujetos pre-establecidos en la estructura económico-social, como había sido en la tradición marxista más ortodoxa, y llamaba la atención sobre los "nuevos sujetos correspondientes" que en sus prácticas iban generando los movimientos. Aquí, sin embargo, su proposición se hacía más débil, en el sentido que se trataba de entender cuáles serían esos nuevos sujetos, tanto sociales como políticos. Propuso pensar en los rasgos que debía tener un nuevo partido –Evers discutía con los brasileños y estaba pensando evidentemente en el PT- que por cierto, era en los años 80, el partido más novedoso en su relación con los movimientos sociales. Este nuevo partido debería ser no sólo vanguardia, sino que al mismo tiempo retaguardia de los movimientos sociales.

Si se observan a la distancia, las proposiciones de Evers, es evidente que representaron una importante contribución, en cuanto llamaban la atención sobre el potencial transformador de los movimientos en el campo sociocultural, pero es también evidente que no lograba resolver el problema de cómo ese potencial podía dar lugar a un proyecto alternativo de sociedad.

3.- Los nuevos movimientos como expresión de nuevas lógicas emancipatorias y de ampliación o reformulación de la política.

Otra línea de análisis más reciente es la de Boaventura de Sousa, quien nos ha indicado que, en realidad, el debate en torno a los nuevos movimientos sociales hay que verlo en torno a dos polos estructurantes: la relación entre regulación y emancipación y la relación entre subjetividad y ciudadanía. Con relación al primer polo, de Sousa, define la mayor novedad de los nuevos movimientos:

"La novedad más grande de los NMSs reside en que constituyen tanto una crítica de la regulación social capitalista, como una crítica de la

emancipación social socialista tal como fue definida por el marxismo".⁶

Se trataría, según de Sousa, que al identificar los movimientos sociales nuevas formas de opresión, que sobrepasan las relaciones de producción –como la guerra, la polución o el machismo- abogan por un nuevo paradigma social que se basaría menos en la riqueza y el bienestar y más en la cultura y la calidad de vida, lo que otorga a los nuevos movimientos "una radicalidad sin precedentes" con relación a los excesos de regulación de la modernidad.⁷ La crítica compromete también al marxismo, al movimiento obrero y al "socialismo real" en cuanto la lógica emancipatoria denuncia también a la producción y el desarrollo tecnológico como factores de regulación. Por otra parte, la lucha contra las nuevas opresiones no debe perder de vistas las viejas opresiones, pero más que eso, la emancipación por la que se lucha tiene como objetivo transformar lo cotidiano de los actores en el aquí y en el ahora y no en futuro lejano, de tal modo que la emancipación "o comienza ahora o no comienza nunca".

El segundo polo estructurante de los debates sobre los nuevos movimientos sociales tiene que ver con la relación entre subjetividad y ciudadanía:

"Según algunos, los NMSs representan la afirmación de la subjetividad frente a la ciudadanía. La emancipación por la que luchan no es política, sino ante todo personal, social y cultural. Las luchas en que se traducen se pautan por formas organizativas (democracia participativa) diferentes de las que precedieron a las luchas por la ciudadanía (democracia representativa). Al contrario de lo que se dio con el dúo marshaliano ciudadanía-clase social en el período del capitalismo organizado, los protagonistas de estas luchas no son las clases sociales, son grupos sociales, a veces mayores, a veces menores que las clases, con contornos más o menos definidos en función de intereses colectivos, a veces muy localizados pero potencialmente universales"⁸

Más que concesión de ciudadanía, se trataría de reconvertir procesos de socialización –piénsese por ejemplo en las relaciones de género- o de inculcación cultural o modelos de desarrollo –tal sería el caso de la ecología-. Y por último, el campo de los movimientos tiene su lugar en la sociedad civil y no en el Estado y estos además requieren mantener una relación de distancia calculada con el Estado, así como con los partidos o sindicatos tradicionales. De Sousa, si bien reconoce y valora esta novedad

⁶ Boaventura de Sousa Santos. "Los nuevos movimientos sociales" En OSAL N° 5; Buenos Aires, pp- 177-184

⁷ Ibidem. P, 178.

⁸ Ibidem. P. 180

de los nuevos movimientos no participa completamente de esta posición que enfatiza en la subjetividad sobre la ciudadanía, sobre todo en América Latina, donde resulta difícil encontrar “movimientos sociales puros”, dada la multidimensionalidad no solamente de las relaciones sociales, sino de los sentidos de la acción.

Por otra parte, más que el rechazo a la política, los nuevos NMSs estarían dando cuenta de una ampliación de la política más allá del marco liberal de la distinción entre Estado y sociedad civil. Los nuevos movimientos, indica De Sousa, “parten del presupuesto de que las contradicciones y las oscilaciones periódicas entre el principio del Estado y el principio del mercado son más aparentes que reales, en la medida en que el tránsito histórico del capitalismo se hace de una interpenetración siempre creciente entre los dos principios, una interpenetración que subvierte y oculta la exterioridad formal del Estado y de la política frente a las relaciones sociales de producción” Oponer el principio del Estado y principio del mercado sería caer en una trampa de transformar lo que existe en lo que ya existe, como es propio del discurso oficial.

Para de Sousa, “a pesar de estar muy colonizado por el principio del Estado y por el principio del mercado, el principio de comunidad rousseauiana, es el que tiene más potencialidades para fundar las nuevas energías emancipatorias. La idea de la obligación política horizontal entre ciudadanos y la idea de la participación y la solidaridad concretas en la formulación de la voluntad general, son las únicas susceptibles de fundar una nueva cultura política y, en última instancia, una nueva calidad de vida personal y colectiva basadas en la autonomía y en el autogobierno, en la descentralización y en la democracia participativa, en el cooperativismo y en la producción socialmente útil. La politización de lo social, de lo cultural, e incluso de lo personal, abre un inmenso campo para el ejercicio de la ciudadanía y revela, al mismo tiempo, las limitaciones de la ciudadanía de extracción liberal, incluso de la ciudadanía social, circunscrita al marco del Estado y de lo político por el constituido”.⁹

Me parece, en suma, que de Sousa, no sólo está identificando ciertos ejes estructurantes de los nuevos movimientos sociales, sino que nos está sugiriendo atender a los efectos políticos de la acción de los movimientos como la emergencia de una nueva “cultura política”, o tanto mejor, una renovada proyección política de la cultura popular latinoamericana, de la que dan cuenta los movimientos indígenas en Ecuador o México, los desocupados argentinos, los pobres urbanos de La Paz o los campesinos sin tierra del Brasil.

⁹ Ibidem. P. 181.

4.- Los nuevos movimientos, los efectos de sus movilizaciones y las nuevas territorialidades.

Recientemente, Raúl Zibechi, investigador y editor de Internacionales de la Revista Brecha de Uruguay, ha indicado que los movimientos sociales de América Latina transitan caminos nuevos, distintos a los del movimiento sindical como a los nuevos movimientos de los países centrales. Zibechi llama también la atención, en primer lugar, sobre la productividad histórica de los movimientos sociales en la década del 90, en el sentido que su movilización ha tenido variados efectos políticos:

“Desde comienzos de los noventa, la movilización social derribó dos presidentes en Ecuador y en Argentina, uno en Paraguay, Perú y Brasil y desbarató los corruptos regímenes de Venezuela y Perú. En varios países frenó o retrasó los procesos de privatizaciones, promoviendo acciones callejeras masivas que en ocasiones desembocaron en insurrecciones. (Tal vez una de las más interesantes sea la de “Guerra del Agua” en Cochabamba, Bolivia, en abril del 2000). De esta forma los movimientos forzaron a las elites a negociar y a tener en cuenta sus demandas, y contribuyeron a instalar gobiernos progresistas en Venezuela, Brasil y Ecuador. El neoliberalismo se estrelló contra la oleada de movilizaciones sociales que abrió grietas más o menos profundas en el modelo”.¹⁰

Este balance de la acción de los movimientos es evidentemente importante e indiscutible. No tenemos dudas, que más allá de sus dificultades para proponer alternativas políticas, los movimientos han estado presentes de modo muy activo en la escena latinoamericana en los años noventa. Sin embargo, no podemos engañarnos, sus rendimientos ha sido desiguales, ya que mientras que en Ecuador, los movimientos indígenas logran integrar el gobierno, en Argentina si bien derriba a De la Rúa, no se sigue de esta movilización el desarrollo de un movimiento político alternativo capaz de producir un recambio en el sistema de partidos políticos argentinos. No hay, por tanto, una relación mecánica entre movilización social y alternativa política, como tampoco es que no haya cambios, y entre ellos, siguiendo con la Argentina, esta vez no sólo han retrocedido los radicales, sino que se ha fracturado significativamente el justicialismo.

Pero, aún así, independientemente de su productividad política, como indica Zibechi, es evidente que los movimientos sociales de los noventa ya no son los viejos y tradicionales movimiento de los años sesenta. Hay nuevos caminos, nuevas estructuras organizativas y nuevas orientaciones. Los nuevos caminos, suponen para Zibechi “un viraje de largo aliento” con

¹⁰ Zibechi, Raúl. “Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos” En OSAL N°9, enero 2003, Buenos Aires. P. 185.

relación a la vieja orientación estatal de los movimientos tradicionales, propia de los años setenta, cuando "la acción social perseguía el acceso al estado para modificar las relaciones de propiedad, y ese objeto justificaba las formas estadocéntricas de la organización, asentadas en el centralismo, la división entre dirigentes y dirigidos y la disposición piramidal de la estructura de los movimientos"¹¹ De acuerdo con Zibechi, los actuales movimientos sociales de AL, participando de este viraje, presentarían una serie de nuevas características, entre otras, territorialización, autonomía del estado y los partidos políticos, reafirmación de sus culturas e identidades, formación de sus propios intelectuales, un nuevo papel de las mujeres, preocupación por la organización del trabajo y la relación con la naturaleza, rechazo a las formas de organización piramidal, y nuevas formas de acción más cercana a la toma y la ocupación de espacios que a la huelga. De este conjunto de características, este autor indica que "las nuevas territorialidades son el rasgo diferenciador más importante de los movimientos sociales latinoamericanos, y lo que les está dando la posibilidad de revertir la derrota estratégica"¹²

La idea o el concepto de territorialidad que Zibechi nos propone se relaciona con el arraigo de las luchas populares a espacios físicos conquistados o recuperados, que de algún modo estaría dando cuenta del debilitamiento de los viejos territorios –la hacienda y la fábrica- hacia nuevos territorios de lucha, muchas veces en los márgenes de la sociedad o en zonas de producción rural intensiva. Sería el caso del MST, que crea sus propios "islotos productivos" (sus asentamientos), de los indígenas ecuatorianos que reconstruyen y recuperan ancestrales "territorios étnicos", o los movimientos de pobladores, que toman y ocupan predios urbanos. Es desde estos territorios que, según Zibechi, los nuevos movimientos enarbolan sus proyectos de largo aliento.

5.- Los movimientos en el nuevo contexto latinoamericano

A partir de estos debates o en el contexto de estas nuevas percepciones de los movimientos sociales, y aún a riesgo de simplificar el análisis precedente, me parece que podemos sostener que los movimientos sociales en nuestro continente están dando cuenta de "acciones y sujetos colectivos" que representan un conjunto diverso de asociaciones e iniciativas de base que tienen en común: a) constituir luchas, aspiraciones y propuestas de cambio social y político que resisten al neoliberalismo y que buscan incidir sobre los inestables sistemas políticos latinoamericanos; pero al mismo tiempo, b) prácticas y discursos de transformación socio cultural que están produciendo cambios en los valores, conductas y

¹¹ Ibidem.

¹² Ibidem.

relaciones sociales en el campo de la sobrevivencia, el poblamiento, la vida comunitaria, las relaciones de genero, la fe religiosa y más ampliamente en la solidaridad social.

Esta doble perspectiva de la práctica y los discursos de los movimientos sociales, *vertical, en el sentido de sus relaciones con el poder político, y horizontal, en el sentido de las relaciones pueblo a pueblo*, parecen organizar orientaciones fundamentales de los movimientos sociales. Los ejemplos en esta dirección abundan así como también las dificultades. Tal es el caso del Movimiento de los Sin Tierra en Brasil, que por una parte deben luchar con el Estado y el gobierno –movilizándose permanentemente- a efectos de lograr la realización efectiva de la reforma agraria (la lucha popular en un sentido más o menos clásico), pero al mismo tiempo, el MST constituye campamentos y da vida a nuevas unidades productivas, en las que se hacen cargo no sólo de la formación política de los militantes, sino también de la creación de escuelas, programas de salud, organización cooperativa, y también del “cultivo limpio” (mostrando de paso que se puede avanzar en lógicas de desarrollo sustentable).

También se puede reconocer esta doble perspectiva en la dinámica de los movimientos sociales argentinos en la década de los noventa, en que se incrementaron las demandas sobre un Estado que limitaba e inhibía sus funciones sociales. Cortes de ruta, pero también “puebladas”, es decir, movilizaciones masivas con un alto contenido democrático, que no sólo se expresan como demandas a las autoridades (cortes de ruta y petitorios), sino que también, ejercicio de formas de democracia directa (asambleas y diversas formas de participación social, que pueden llegar a transformarse en una “pueblada”). En el tiempo, por otra parte, diversos movimientos han tenido que incorporar prácticas de solidaridad social para enfrentar la sobrevivencia, lo que los lleva a poner en funcionamiento comedores populares, formar cooperativas, o como en la Argentina reciente “recuperar empresas”. Estas prácticas, no se puede desconocer, conviven también con planes y prácticas asistencialistas de los Estados y fundaciones privadas.

Es verdad también, y esta si es una debilidad más general de los movimientos sociales, que en etapas de crisis y de fuertes movilizaciones, los movimientos no siempre logran generar propuestas así como alianzas o agrupaciones políticas que hagan visible sus demandas, y más que eso, sus proposiciones de un nuevo orden social y político. Con todo, lo más importante tiene que ver con reconocer, valorar y proyectar la doble perspectiva de la experiencia de los movimientos sociales (vertical y horizontal), ya que ella nos permite visualizar los procesos de democratización como procesos encaminados, por una parte a la reforma del Estado (para hacerlo más democrático), pero, por otra a favorecer los procesos de democratización de la propia sociedad. De este modo, el mayor

potencial de los movimientos sociales no estaría sólo en sus capacidades para incidir sobre los sistemas políticos de la región, débilmente democráticos, sino en sus capacidades para producir cambios en la sociedad desde las propias bases.

Finalmente, desde esta perspectiva, no se puede desconocer que, históricamente, los mayores avances en la ciudadanía social se ha producido cuando se han desarrollado importantes movimientos sociales en la región, independientemente que estos no hayan desarrollado todas sus aspiraciones de cambio social y político.

6. Epílogo: Sobre los nuevos actores políticos en América Latina

Si uno observa globalmente la región, la tentación es ver al PT como el paradigma de un nuevo actor político; aunque también en Uruguay, Bolivia y Ecuador hemos visto la emergencia de movimientos, partidos y alianzas políticas que modifican las formas tradicionales de la política; en Argentina, por el contrario, los movimientos de base, diversos y extendidos no logran generar nuevas articulaciones políticas y corren el riesgo de agotarse en el contexto de sus movilizaciones y su rechazo a sus dirigentes políticos tradicionales (que se vayan todos). En Chile, por su parte, el retorno a la democracia representó el retorno de la tradicional clase política, sin grandes innovaciones en el campo de los actores políticos, lo que terminó por reforzar la lógica neoliberal dominante.

Sin embargo, sería ciego no ver nuevas propuestas políticas tanto desde los Estados como desde nuevos actores políticos, como el PT en Brasil o el Frente Amplio en Uruguay y muchas otras formas, menos visibles, que buscan generar nuevas formas de hacer política. Trato de pensar que caracteriza a estos nuevos actores políticos, qué novedad representan, dónde actúan, qué propuestas desarrollan.

Me parece que, globalmente, estos nuevos actores políticos expresan también algo nuevo con relación a las tradiciones de la izquierda latinoamericana. Expresan una transición y una dificultosa búsqueda. Transición con relación al proyecto socialista, en un sentido clásico, hacia un proyecto u orientaciones "socio-democráticas". No me atrevo a decir "socialdemócratas" en sentido estricto, aunque muchos tienen de ello, ni tampoco "socialismo democrático" porque tengo la impresión que, a estas alturas de la historia, las posibilidades de cambio estructural son extremadamente limitadas.

Es evidente, en todo caso, en un sentido universal, que son actores políticos que beben tanto del liberalismo como del socialismo, como tradiciones políticas. Sin embargo, en un sentido más particular, más

latinoamericano, me parece que beben de la experiencia de los movimientos sociales.

Desde otra perspectiva, se trata de actores políticos que buscan favorecer procesos de modernización y de democratización de los Estados en complejas y contradictorias relaciones con los movimientos sociales. O si se prefiere, en relaciones de colaboración y conflicto con los movimientos y organizaciones sociales de base. La acción de estos nuevos actores, por otra parte, se desarrolla en contextos neoliberales, que tienden a dismantlar las funciones sociales del Estado y a reemplazar estas tareas por políticas sociales compensatorias. De este modo, muchas veces estos nuevos actores políticos se mueven entre dos fuegos: el del neoliberalismo y el de los movimientos. O, en dos aguas: la de las instituciones y las de la sociedad popular.

Los logros de muchos de estos nuevos actores políticos están fuertemente limitados, entre otros por su carácter local, que los hace depender de modo importante de la administración del Estado central, dependiendo de la forma que haya tomada en cada país la descentralización. Sin embargo, por otra parte, con relación a las orientaciones democráticas de estos actores, la posibilidad de articular una "comunidad política local" representa, tal vez, su mayor potencialidad (al menos hasta ahora).

En estos sentidos, es que me parece que una de las principales disputas de significados con el neoliberalismo se produce justamente aquí, en la capacidad de estos nuevos actores políticos, y también de los actores sociales, de articular luchas y propuestas democráticas, capaces de democratizar la sociedad por abajo, desde abajo. Es decir, generando una nueva forma de articular lo social con lo político, en el entendido que es en el campo social donde se generan los conflictos más sustantivos, que la política debe capaz de procesar.

Dicho de otra manera, mientras el liberalismo nos propone la distinción sin conflicto de la triada Mercado-Estado-Sociedad Civil, creo que nuestro problema es no sólo rechazar esta proposición conservadora, que en términos prácticos no tiene más productividad que el asistencialismo, la caridad social, y en el mejor de los casos la "ingeniería social" (y el clientelismo en términos políticos) por propuestas democratizadoras, que hacen de las organizaciones populares y de los movimientos sociales de base, el principal soporte de la democratización de la sociedad.